

Vida y testimonio del santo mártir

HERMENEGILDO
Príncipe visigodo de España
cuya fiesta se celebra el 30 de Octubre
o el 1 de Noviembre

Los santorales de la Iglesia están compuestos de una multitud de metitorios reyes, príncipes, gobernadores y nobles. Algunos de ellos llegaron a ser iluminadores de sus pueblos, otros cambiaron la púrpura por la humilde sotana de monje o monja, mostrando así los bienes y valores mundanos en la dimensión real que ocupan en la luz de la eternidad. Algunos reyes fueron mártires de su Fe y su Ortodoxia, y derramaron su sangre para que la Verdad de la Iglesia se fortaleciese. En el campo eclesiástico florece toda clase de flores, y no tienen sitio ni la belleza, el origen, el sexo, la posición social ni la educación.

Era a finales del siglo IV después de Cristo. La Península Ibérica la ocuparon y gobernaron los Visigodos, los cuales, junto con los Íberos autóctonos, los Romanos conquistadores y los Vándalos, constituyen lo que es hoy la Nación Española. En el trono reina Leovigildo, el cual, igual que los demás Visigodos, había sido convertido al Cristianismo por los heréticos arrianos que entonces predominaban allí. El rey tenía dos hijos, Hermenegildo, el mayor y Recaredo, el más joven. El obispo de Sevilla, San Leandro, cuya familia procedía de Bizancio, tenía parentesco por matrimonio con el palacio real, y consiguió atraer al joven Hermenegildo a la fe Ortodoxa. La enseñanza del santo Padre de la Iglesia era tal que el joven príncipe se quedaba como una roca inamovible,

un candil sobre su soporte, y rechazó con fuerza el control insoportable de su malvado padre el rey. En vano, el monarca derrochó abundantes promesas de grandeza y glorias humanas, de riquezas y de placeres y alegrías del mundo. El príncipe ortodoxo permaneció firme en su Ortodoxia. Resultaron vanas también las amenazas de castigos más terribles si persistía en no abrazar la herejía de Arrio. San Hermenegildo contestaba: "Cristo, Dios y Hombre, lo inconcebible e incurable".

Sin corazón, el rey padre encierra a su hijo en una celda oscura para ver hasta cuando aguanta.

El tiempo pasa con ferviente oración dentro de la prisión y con alegría espiritual porque Dios permite a Hermenegildo participar en su pasión y en su cruz... Se acerca la fiesta de las fiestas, la Pascua. La semana de la Pasión se convierte en semana de preparación para el príncipe, porque las puertas de la celda se abren y aparecen, la noche de la Resurrección, los sacerdotes de la deshonra, los oficiantes de Arrio, enviados por el rey, para darle su falsa comunión. Pero el joven sabe muy bien que si alguien recibe la comunión de manos de herejes significa que comparte su fe errónea, significa que él se sumerge con ellos en el abismo de las tinieblas, y niega audaz y obstinadamente el contagio. Especialmente en este día señalado en el cual Cristo por su propio poder como Dios resucita, resucitando con Él a toda la humanidad caída en la oscuridad. Por otra parte sabe bien por la enseñanza de San Leandro que lo que le ofrecen no es nada más que pan común y vino, porque el Cuerpo y la Sangre de Cristo solamente se ofrecen en el seno de la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica. Los sacerdotes de Arrio regresaron desanimados y el rey y padre en un estallido de ira y de odio, que sólo el diablo impone a sus propios amigos, los herejes, ordena que asesinen a su propio hijo. El alma pura del santo príncipe asciende a los cielos junto con su Señor Resucitado.



El sacrificio del santo mártir Hermenegildo fructifica muy rápido, porque en un corto periodo de tiempo el soberano se arrepiente amargamente de su crimen y, también, de su herejía. Vuelve a llamar al santo obispo, Leandro, a palacio para que enseñe la Fe Ortodoxa especialmente al nuevo sucesor, su hijo menor, Recaredo. El nuevo rey será la causa del retorno de todos los Visigodos de España a la Ortodoxia.

Señor Jesucristo, por la intercesión de tu santo mártir, el príncipe Hermenegildo, ilumina a los pueblos que se encuentran sumergidos en la herejía, para que vuelvan a hallar la luz verdadera. Amén.

Megalinarion

Salve, belleza digna de emperadores;
salve, pilar radiante de los dogmas de la Iglesia;
salve, esplendor y gloria de los mártires;
glorioso Hermenegildo, trauma de Arrio.